



El diario de un joven trabajador

Santos, Gonzalo (2013) *En las escuelas. Una excursión a los colegios públicos del GBA*. Buenos Aires, Santiago Arcos Editor, Parabellum, pp. 160.

Pablo Castro*

En su primer libro editado, Gonzalo Santos no escribe ni habla sobre lo que, supuestamente, anuncia desde el título: los colegios públicos del Gran Buenos Aires. Si bien relata su propia experiencia (excursión) como docente de escuelas medias e institutos de Avellaneda, y un corto paso como ayudante docente en el CBC de la UBA, Santos escribe y habla sobre sí mismo:

También me gustaría aclarar otra cosa. Yo siempre creí (y enseñé), desde la Teoría Literaria, que una cosa es el narrador (construcción textual, entidad o voz que cuenta la historia) y otra muy distinta el autor empírico, fáctico, de carne y hueso (...). Pero ahora estoy confundido: las palabras comienzan a con-fundirse conmigo mismo, y si, en este caso, son apenas una "voz", entonces yo también lo soy (Santos, 2013: 20).

A lo largo del libro, el autor no busca construir mediaciones ni diferenciaciones entre la voz de Santos autor, con la voz de quien narra y con la de los personajes. No es una novela ni un cuento; no hay intento de ficcionalización. Una prosa austera y plana en primera persona que da testimonio. Es, en todo caso, un libro de opinión sobre educación con el que Gonzalo Santos y la editora Santiago Arcos deciden intervenir en un momento en que la educación pública está en debate:

Pero la idea no es hablar de mí mismo (excesivamente, al menos), sino de otra cosa. Al empezar me propuse que saliesen a la luz muchas de las situaciones violentas (y en ocasiones, extremadamente violentas) que suelo padecer a diario en las escuelas donde trabajo, en esa región conocida como "conurbano" (antes Gran Buenos Aires), y voy a tratar de no desviarme de ese propósito. Si es que puedo (Santos, 2013: 20-21).

* Pablo Castro es Profesor Nacional en Comunicación Social por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), docente en colegios secundarios de Berisso y de La Plata. Actualmente coordina talleres de escritura. Participó en el libro *El Eruto de Rotadama* (Ameba 2005), y publicó las novelas *Ungulup* (Pixel 2009), *Cae Repelente* (Pixel 2012), el poema "Gota de mandarina" (Alba Zine 2012) y el poema "De Cemento" (Pixel 2014).
catoblepas34@yahoo.com.ar

En las escuelas es un libro de opinión con pretensiones literarias. Pero ¿sobre qué opina el docente y escritor Santos? En la contratapa, la editora Santiago Arcos parece querer responder, o justificarse: “¿Crónica? ¿Memoria? ¿Testimonio? Difícil de establecer un género para *En las escuelas*, el libro en que Gonzalo Santos nos describe algunos días de la vida de un profesor de secundaria (...) dotado con saberes inútiles que, como armas herrumbradas, ceden ante el resplandor de las nuevas formas culturales que esgrimen algunos jóvenes: la violencia, la arrogancia, el desdén”.

Docente luchando, también está enseñando

Si se trata de un libro de opinión, contextualicemos entonces el momento en que este irrumpe. Las escuelas están en el centro del debate social. ¿Cuál es el rol de la educación pública? ¿En qué condiciones se está desarrollando el proceso de enseñanza y aprendizaje de millones de bonaerenses?

El actual paradigma pedagógico sustentado en aparentes políticas de inclusión, muestra su contracara. Aulas superpobladas. Falta de personal auxiliar y docente (y sobrecarga laboral de quienes trabajan). Docentes taxi. Edificios rotos. Salarios adeudados, bajos y en negro. Comedores escolares sin insumos. Falta de agua y de calefacción. Recorte en los contenidos curriculares. Flexibilización en los criterios de evaluación. Ante este estado de cosas, la docencia bonaerense viene demostrando niveles de lucha y de organización cada vez mayores, al igual que el movimiento estudiantil, con el resurgir de los centros de estudiantes, las movilizaciones y las tomas de colegios. Pero Santos decide omitir este aspecto fundamental de la escuela pública, condenando a su libro a una mera enumeración de episodios de violencia de padres, estudiantes, docentes y directivos contra Santos que, como descarga, decide narrarlas con pretensiones literarias.

Santos acierta al denunciar a los funcionarios, a quienes llama “corderos pitagóricos” por su preocupación por los datos estadísticos para mostrar en la prensa, al mismo tiempo que responsabilizan a la docencia de la actual crisis educativa, al sugerirles “revisar las estrategias pedagógicas”.

Pero sus opiniones no llegan a develar el currículum oculto de la educación estatal en su actual etapa de lenta y silenciosa privatización. Por eso, su crítica al paradigma de la inclusión “progre” (el autor utiliza el término burlesco y manifiesta estar cansado de verse obligado a ser “políticamente correcto”) se sustenta en dos pilares: 1) La falta de respeto de estudiantes, padres, directivos y docentes hacia Santos. Y 2) la falta de competencia intelectual de estudiantes, padres, directivos y docentes comparadas con las competencias intelectuales del propio Santos.

Pero intentaré hacer un esfuerzo, y leer *En las escuelas* ya no solamente como un libro de opinión que (quiera o no) interviene en el actual debate educativo, sino en clave literaria.

La conjura de Santos

En *La conjura de los necios*, el escritor John Kennedy Toole deja su testimonio sombrío de la sociedad norteamericana a través de Ignatius Reilly. Logra construir un personaje cínico, descreído de todo, salvo de su propia superioridad. Encerrado en su pieza, refugiado de una madre y de un mundo a los que considera decadentes, Ignatius apunta en su cuaderno “El diario de un joven trabajador”, con el fin de dejar un testimonio escrito de sus malas experiencias laborales y, al mismo tiempo, destruir a su amiga Myrna Minkoff, una estudiante “progre”, comprometida en la lucha contra las injusticias sociales. Toole somete a Reilly a experiencias laborales precarizadas, al igual que la DGCyE somete a Santos. Pero Santos no es Toole. Al decidir no separar su voz de las voces narrativas, Santos se autoconstruye en un autor/personaje a la altura de Reilly. Un Ignatius de la docencia bonaerense, que nos va testimoniando por escrito su cinismo al escupir contra todo el mundo por igual, más allá del bien y del mal.

Santos Reilly cuenta que un preceptor le comentó: “Con estos pibes hay que hacer lo que se puede. Así como tienen su plan o subsidio y se les da una especie de cuota económica o alimentaria para que se alimenten, en la escuela vienen a buscar la cuota o la ración de cultura que les corresponde” (Santos, 2013: 75).

Ignatius Santos, con violencia, arrogancia, y desdén, opina, testimonia. Y les reprocha a los jóvenes bonaerenses sus valores, la cumbia villera, el tono de voz, la vestimenta, los gestos, “y todos, además, tenían algo en común: sus padres estaban separados y, en su promiscuo historial, cargaban, al menos, con dos o tres “matrimonios” (...). Claro: ¿qué carajo le puede importar si un verbo es regular o irregular a una chica que viene de ver cómo su padrastro se droga y después viola a la madre? No tiene ningún sentido. Esos pibes vienen del odio, del infierno –la frase de Sartre, “El infierno son los otros”, cabe aquí a la perfección– y les importa un pito si el narrador de “Continuidad de los parques” es omnisciente parcial o total (probablemente, en su lugar a mí también me importaría un carajo)” (Santos, 2013: 73–74).

Una excursión a los colegios públicos ranqueles

Si la comparación con Toole, aunque ilustrativa, resulta forzada y arbitraria, no lo resultará si lo ponemos en diálogo con *Una excursión a los indios ranqueles*, de Lucio V. Mansilla. El título mismo del libro, y la cita a un pasaje de “Educación común en el estado de Buenos Aires”, de Sarmiento que encabeza *En las escuelas. Una excursión a los colegios públicos del GBS*, así lo habilitan.

Mientras que en el texto de contratapa, la editora Santiago Arcos afirma que el libro se para en la “frontera donde se hundan (...) las expectativas humanistas del Estado en su rol de educador de masas (...) y el resplandor de las nuevas formas culturales que esgrimen algunos jóvenes: la violencia, la arrogancia, el desdén”, en el desarrollo de su excursión civilizatoria a las escuelas del conurbano, Santos cruza definitivamente la frontera para alinearse con la reacción privatista y construir a los jóvenes escolares bonaerenses como un “otro” peligroso, amenazante. Bárbaros imposibles de domesticar. Ranqueles violentos, arrogantes, incultos.

Pero *En las escuelas* en ningún momento logra la expresividad plástica del lenguaje con que Lucio Mansilla escribe su excursión. No logra alinearse estéticamente, y mucho menos éticamente porque, al igual que con Toole, cabe una aclaración. En su excursión, Mansilla se va transformando al adentrarse en los tolderíos, al convivir con el pueblo ranquel. El tema del libro de Mansilla no es otro que la propia transformación de su autor. Muy por el contrario, Santos termina su excursión aún más convencido de su propia superioridad que al momento de comenzarla. La excursión fue infructuosa, nadie ha salido modificado. Solo logra, por ende, plantear una continuidad en el plano político ideológico y alinearse al proyecto político de aquella burguesía naciente, y de su Estado al que, llamativamente, Santiago Arcos le encuentra unas pretendidas “expectativas humanísticas”.

Si bien el enojo de Ignatius Santos contra “los progres” y “lo políticamente correcto” es textual y explícito, Santos no puede declararse explícitamente de derechas ni mucho menos escribir reivindicando el genocidio a los pueblos originarios. Por eso, se declara más allá del bien y del mal. Es un “retórico”, un “descreído”, un “escéptico”, dice. Un romántico que, como ya señalamos, aspira al siglo XIX y, por ende, en pleno siglo XXI, un conservador. Detesta al mundo por decadente, se pretende crítico sin concesiones, pero se vislumbra su nostalgia por un pasado siempre mejor:

Acaso influido por ciertas lecturas (y desde ya, algunas experiencias escolares traumáticas), comenzaba a sospechar que todo era absurdo, contingente, y que nada tenía demasiado sentido (...). El ateísmo o escepticismo ideológico de los sofistas griegos (Protágoras y Gorgias, principalmente) era el único sistema de pensamiento que me parecía plausible —aunque si hubiese entendido media palabra de *El Ser y la Nada*, de Sartre, también me habría parecido loable (Santos, 2013: 52).

Santos añora una alta cultura letrada, homogénea, compartida por millones de habitantes. Un retorno al siglo XIX, con sus salones literarios y sus novelas kilométricas. Así, con planes y objetivos diferentes, Santos coincide con “los corderos pitagóricos” al negar la escuela como trinchera de lucha popular. A la escuela se va a acumular horas de lectura de libros de gente que, como Santos, merece opinar porque

saben, y mucho. A la escuela se va a aprender. No se va a incentivar críticamente la imaginación y el pensamiento abstracto. Incentivar la lectura y la escritura comprensivas. Hacer circular lo más avanzado del pensamiento científico y artístico para que el pueblo construya un pensamiento crítico propio, científicamente riguroso y creativamente contra hegemónico, para un accionar colectivo y transformador. No.

Y aunque señale las responsabilidades del Estado y sus funcionarios, como buen “posmo” (así se autodefine el autor), Santos sostiene y escribe que el mundo es “contingente”, al mismo tiempo que larga su queja escrita contra el conurbano. Añora íntimamente un resurgir de la antigua escuela sarmientina, dirigida por una élite letrada que, como Santos, jamás se rebajará a escuchar cumbia villera.